



# Temas humanísticos y sociales y so

# Cultura audiovisual y otros (des)equilibrios en la era de Big Brother (I)

Omar González

Escritor y presidente del Instituto Cubano  
del Arte e Industrias Cinematográficas

## UNO

En 1878, un año antes de que tuviera lugar la Exposición de París, a la que José Martí dedicó una extensa crónica publicada en *La Edad de Oro*, las metrópolis occidentales eran dueñas del 67 por ciento de la superficie terrestre. En apenas ocho décadas, habían crecido a un ritmo de 214.970 kilómetros cuadrados cada año, y su voracidad llegaba a tales extremos que, en 1914, en el momento de iniciarse la Primera Guerra Mundial, el 85 por ciento de esa misma superficie estuvo sometida, de una u otra forma, a la tutela de las principales potencias de Occidente. Fue tal su dominio que, como han señalado varios autores, prácticamente nada ni nadie, en ninguna parte, podía escapar de la influencia omnipresente del colonialismo y sus efectos en los más variados ámbitos de la cotidianeidad. “En Europa misma —sostiene el profesor Edward Said—, a finales del siglo XIX, casi ningún aspecto de la vida quedó fuera de la influencia de las actuaciones imperiales”.<sup>1</sup> Así, aquel largo proceso de brutalidad y muerte, que había comenzado bajo el estandarte de la civilización, prefiguraba lo que, con el pasar de los años, se conocería como globalización: un fenómeno que, en lo prevaeciente, no es sino la manifestación del capitalismo en todos los ám-

bitos posibles de la realidad. Martí, que vislumbró esta circunstancia como pocos en su época, nos advirtió del terrible advenimiento de los nuevos conquistadores, y nos legó para la eternidad la conjugación feliz de cultura, virtud y resistencia.

La infatigable labor política, periodística y literaria de aquel “hombre sencillo” que fuera José Martí, además de sorprendente por su hondura, diversidad temática e, incluso, por su extensión, adquiere hoy una actualidad que se renueva cada día, particularmente los artículos que dedicara al estudio de la sociedad norteamericana y al naciente imperio. En su reporte del Congreso Internacional de Washington, de 2 de noviembre de 1889, afirma, anticipándose a estos días de lucha, ALCA y Tratado de Libre Comercio:

Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero en política es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la políti-

<sup>1</sup> Edward W. Said, *Cultura e imperialismo*, Editorial Anagrama, España, 1996, pág. 41.

ca secular o confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.<sup>2</sup>

Aunque tal, y no otra, ha sido históricamente la ambición del imperialismo en sus relaciones con el resto del mundo, en los tiempos de Martí, quiérase o no, esa forma de dominación se expresaba en términos esencialmente relacionados con la economía material, sin que ello signifique restar mérito alguno a sus análisis ni desconocer la influencia que tienen las relaciones propiamente económicas en la esfera de la —Cultura audiovisual y otros (des)equilibrios en la era de Big Brother 2— subjetividad. Ahora, cuando la introducción de las nuevas tecnologías y la excesiva concentración de los medios facilita aún más el camino hacia la domesticación de las conciencias, el control es aún más tiránico y, en algunos casos, pareciera que irreversible si no confiáramos en la naturaleza revolucionaria de las luchas populares y en la insostenibilidad de tales absolutismos. Un ejemplo concreto: Venezuela, donde a pesar de

la hegemonía de los medios antichavistas, las masas logran sobreponerse a la confusión y al caos, reaccionan y se orientan positivamente, en especial durante las jornadas del golpe de Estado del 11 de abril de 2003. Otro: las manifestaciones en favor de la paz y las protestas contrarias a la globalización, no sólo en países del Sur, sino de Norteamérica y Europa.

Los Estados Unidos, cargados de nuevas y viejas baratijas recicladas, han elevado la seudocultura a categoría económica dentro del mercado. No hay sitio en este mundo, ni siquiera en las sociedades más protegidas o cerradas a la influencia cultural externa —y los Estados Unidos también lo serían a pesar de su estructura multiétnica— donde no se manifieste la seducción o la dependencia instintiva con respecto a los productos típicos de la banalización imperialista. Según la CNN, “adelantada” de los nuevos conquistadores, conquistadora ella misma, la celebridad más influyente de ese país a finales de 2002 y principios de 2003 no era un intelectual o un político más o menos honrado o reprobable, sino la cantante Britney Spears, a quien yo clasificaría como una verdadera invención tecnoclónica.

Vivimos en un mundo en el que la desigualdad y la injusticia hace rato no pueden medirse. El terror de los números, siempre inexactos y encubridores, se verifica en todos los ámbitos.

Vivimos en un mundo en el que la desigualdad y la injusticia hace rato no pueden medirse. El terror de los números, siempre inexactos y encubridores, se verifica en todos los ámbitos.

<sup>2</sup> José Martí, *Obras escogidas*, tomo II, Editorial, La Habana, 2000, págs. 379-380.

Los presupuestos militares globales rondan los 800 mil millones de dólares cada año; de ellos, los Estados Unidos gastó casi el 50 por ciento en 2003, lo que podría incrementarse si tomamos en cuenta los egresos directos e indirectos derivados de la invasión y ocupación de Irak y el costo posible de otros planes por venir. En cambio, bastarían 10 mil millones de dólares para enfrentar, no para erradicar, la devastación provocada por el VIH-SIDA en los próximos veinte años; sin embargo, el Fondo Global creado al efecto sólo ha podido reunir la tercera parte de lo que necesitaría, a pesar de que en ese mismo período está previsto que mueran, por lo bajo, 70 millones de personas como consecuencia de la extensión de esta epidemia. Si se mantiene la progresión geométrica de la enfermedad, la población de África subsahariana podría desaparecer en sólo unas cuantas décadas.

La riqueza acumulada por el 20 por ciento de la población más rica, supera en 150 veces la miseria cotidiana y asfixiante del 20 por ciento más pobre; el uno por ciento de la población mundial acumula ingresos equivalentes a los que recibe el 57 por ciento de los parias, y en el *ranking* de *Forbes* correspondiente a 2002, referido a los 500 multimillonarios más acaudalados de cuarenta y seis países —en el que aproximadamente la mitad son norteamericanos—, el volumen de capital concentrado en ellos asciende a la exorbitante cifra de un billón 590.400 millones de dólares, o sea, 1.223 veces más dinero que el que, con toda seguridad, ni siquiera tienen los 1.300 millones de personas que viven en extrema pobreza. Por último, en este delirio matemático sobrecoge pensar que en los países más prósperos se consume el 58 por ciento de la energía mundial, mientras que en los más pobres, apenas el 4 por ciento, y que la diferencia entre aquéllos y éstos en lo que concierne a las conexiones telefónicas, es de 17,5 veces. De vuelta a Martí y a su recuento de la exposición con que Francia celebrara el centenario

de la toma de la Bastilla, en el primer intento por mostrar la realidad global de entonces, habría que decir como él: “Y entre los palacios hay pueblos enteros de barro y paja”.

Si me he extendido en la siempre tediosa enumeración estadística, es porque considero que algunos números suelen ser más elocuentes que ciertas palabras, lo que confirmo diariamente ante la pesadez y el hermetismo inútil de una parte del pensamiento social —Cultura audiovisual y otros (des)equilibrios en la era de Big Brother 3— contemporáneo, indiferente al ritmo y a la velocidad que introducen las nuevas tecnologías aplicadas a la información y al análisis. A decir verdad, cada una de estas cifras pudiera representar un tratado y, sin excepción, todas constituyen indicadores del estado actual de la cultura en el mundo. Hace siglos que lo propiamente cultural dejó de ser lo meramente artístico y literario.

Además del páramo material que se deriva de los efectos económicos de la globalización del capitalismo, obviamente salvaje, se da el vacío espiritual generalizado, o lo que es lo mismo, sin distinción de fronteras ni condición social. Nunca antes como en nuestra época fueron más incultos los ricos y poderosos. Para ellos, otro mundo es no sólo imposible, sino indeseable. Perderían demasiado. La prueba al canto parece ser el actual presidente de los Estados Unidos, famoso por sus dislates y obcecaciones, tan tempranos como cuando, en la época siempre generosa de la juventud acomodada, su padre, otro portento de sabiduría, se preguntaba qué iba a ser de su hijo, quien a los 31 años continuaba siendo el más obstinado de los fracasados. Pero ya vemos, el marketing y el fraude, tan asociados siempre en el imaginario de la publicidad, hicieron el milagro de convertirlo en estadista. La Casa Blanca está regentada ahora por un *holding* de viejos mazorqueros de la industria energética, armamentista y bursátil, tan insaciables como los filibusteros de antaño y, como aquéllos,

incapaces de reconocer un solo verso de Walt Whitman. La guerra parece ser su profesión y destino y, si por ellos fuera, no se detendrían hasta lograr que el hombre retrocediera a las cavernas. En la llamada Nueva Economía no sólo se utilizan los lenguajes binarios, también proliferan los retardatarios. Y si nos fijamos en España e Italia, constataríamos cuánta ignorancia y anticultura se acumula en muchos de sus principales dirigentes políticos. De los gobernantes del Reino Unido no hablo, porque entre los satélites de primer rango su lugar es cimero. Y de la “nueva Europa” tampoco; su espacio ideológico es el de los protectorados y las neocolonias.

Polonia administra una región de Irak, Bulgaria dice eternamente sí a los dictados de Washington, y los demás ni siquiera aparecen en el mapa informativo de los grandes medios. Verifíquelo usted mismo: conéctese con el *New York Times*, pregunte por Rumania, y verá que no existe en lo esencial de un pueblo, la historia y la cultura.

Las nuevas tecnologías, cuyo dominio y posesión son símbolos de poder, parecen consustanciales a la globalización actual. Si en sus albores el imperialismo se internacionalizó a la grupa de la termodinámica, los ferrocarriles, la electricidad y los incipientes medios de comunicación, hoy lo hace (también) sobre la virtualidad y las cosas tangibles. El pasado cercano nos parece prehistoria, y no faltarán los que sientan nostalgia. ¿Tal ha sido el fracaso del Hombre, o es que la incultura, la negación de la vida y la depredación de los sentimientos, arrasaron con todo y nos dejaron sin otra esperanza que añorar otros tiempos? “Quién dijo que todo está perdido”, pregunta el trovador<sup>3</sup>, y él mismo se responde: “Yo vengo a ofrecer mi corazón”.

<sup>3</sup> Fito Páez, Argentina.

<sup>4</sup> Partimos de la convención de que el cine surgió a finales del siglo XIX y se hizo realidad a partir de 1920.

## DOS

Entre todas las maravillas y angustias que nos legara el siglo XX —el más breve de la historia, según Hobsbawm— el cine (que nació antes, pero llegó después), la televisión e Internet son, sin duda, los ingenios que han experimentado un crecimiento exponencial más acelerado desde el punto de vista social<sup>4</sup>; el SIDA sería la calamidad por antonomasia.

Si el sueño de los hermanos Lumière era fotografiar ingenuamente la realidad cotidiana, con la corrupción mercantil del séptimo arte y su público se produjo también el silencio de la realidad de las cosas. No hablo de las grandes obras cinematográficas, que salvan y salvarán siempre a esta manifestación artística de la estulticia en que han caído —Cultura audiovisual y otros (des)equilibrios en la era de Big Brother 4—, y todas, incluso ella, sino de la que con el tiempo ha devenido su característica fundamental: esa función analgésica, embrutecedora y sedante con que se adormecen las conciencias o se distraen las energías del pensamiento. Y como del control de la programación mundial ni siquiera participan las cinematografías más vigorosas de Europa —por no hablar de las alternativas, pobres o independientes del Sur del mundo—, nada más lógico suponer que sean las transnacionales estadounidenses las que dicten pautas y prefiguren el gusto.

Cuando se analiza la circulación internacional del cine, lo primero que salta a la vista es la marginación de todo lo que no sea norteamericano en los circuitos de cada país. Muy pocas producciones europeas, por ejemplo, consiguen verse en Asia, África y América Latina, y mucho menos en los Estados Unidos, donde sólo entre el 1 y el 3 por ciento de los filmes exhibidos son de procedencia enteramente extranjera. En el interior del Viejo Continente, la situación

tampoco es muy edificante. En Italia no se programa el cine español, excepto las obras de Almodóvar; en España no se disfruta el francés y, en Francia, que es donde se aprecia mejor cine no norteamericano, el producido en Latinoamérica se programa de tal modo que muy pocos lo ven. En toda Europa, el estreno de cualquier filme globalista desplaza automáticamente de las pantallas al cine nacional.

Aún así, con *El hombre araña* y sus similares por doquier, España decreció en más de 8 millones de espectadores en el año 2002.

En su acostumbrado informe anual *Tendencias del mercado mundial de filmes*, el Observatorio Europeo del Audiovisual nos dice que los quince países de la Unión produjeron 628 y 625 largometrajes en 2001 y 2002, respectivamente, mientras que los Estados Unidos alcanzaban el resultado de 462 y 449 en cada caso. En cuanto al número de salas, EE.UU. contaba con 37.396 y 36.764, según el período de que se trate, lo que evidencia un ligero decrecimiento; en cambio, los países de la UE acumulaban 23.914 y 24.863 espacios, o lo que es lo mismo, 949 más que en 2001. Por su parte, China, la India y Japón, grandes productores y peculiares consumidores del cine contemporáneo, sobre todo los dos primeros, contaban en 2002 con 65.500, 11.962 y 2.585 salas, respectivamente. De ello se infiere por qué los Estados Unidos constituyen el primer mercado mundial de filmes —norteamericanos, globalistas, valdría recalcar—, así como el enorme y poco estudiado potencial de China y la India, cuyas programaciones cinematográficas se caracterizan por el énfasis en la producción propia y por otras motivaciones de índole sociopolítico y cultural. A propósito, recuerdo la anécdota —sin verificar, pero reveladora y perfectamente posible—, atribuida a una famosa actriz china elegida por la ONU embajadora de buena voluntad, cuando un prejuiciado periodista occidental dudó de sus méritos y ella misma le respondió: —*Usted se equivoca, yo soy*

*ampliamente conocida en un país que tiene 1.200 millones de habitantes*. Habría que preguntarse cuántos actores estarían en condiciones de mostrar tal respaldo de público.

En fin, para decirlo como Perogrullo: *Los ignorantes, además de serlo, generalmente lo parecen cuando hablan con una actriz china*.

¿Y cómo se comportó la recaudación con respecto a las veinte películas más vistas a escala global, exceptuando China y la India, por supuesto? Según los datos que aportan los referidos informes del Observatorio Europeo —a todas luces parciales y conservadores en sus registros—, el volumen mundial de ingresos por este concepto fue de 6.558 millones de dólares en 2001 y 7.748 millones en 2002, partidas muy similares al Producto Interior Bruto anual de Cabo Verde, Gambia, Guinea-Bissau, Liberia y Sierra Leona juntos. En lo que respecta al 2001, diecisiete de aquellos veinte filmes fueron producciones enteramente norteamericanas, otros dos contaron con capital mayoritario de los principales estudios de este país, y sólo uno escapó de tan abrumadora hegemonía, la película japonesa *Spirited Away*, que no había sido estrenada en los Estados Unidos y, sin embargo, recaudó 226 millones de dólares, sin diferir demasiado de la estética dominante.

Este fue el año en que irrumpieron *Harry Potter* y *El señor de los anillos* con sus primeras entregas —serán tres en cada caso, siempre en diciembre—, y también de los estrenos Cultura audiovisual y otros (des)equilibrios en la era de Big Brother 5 mundiales de *Pearl Harbor*, *Hannibal* y *El regreso de la momia*. Rehechuras y sagas; nada como para recordar.

En lo que concierne a 2002, dieciséis de los veinte filmes más vistos fueron totalmente norteamericanos, y los cuatro restantes, coproducciones con Nueva Zelanda (2), Gran Bretaña y Australia. Estaríamos hablando de las dos entregas de *El señor de los anillos*, *Muere otro día* (continuidad de las aventuras de James Bond) y de *Scooby-Doo*. ¿Acaso puede afirmarse

.....

**E**n cuanto a la recepción europea del cine que se realiza en Latinoamérica —ya no durante un año, sino en el período que va de 1996 a 2002 (véase la imperiosa necesidad de modificar los indicadores comparativos)—, sólo *Estación Central*, del brasileño Walter Salles, y *El hijo de la novia*, del argentino Juan José Campanella, lograron traspasar el umbral de 1,5 millones de espectadores; le siguen *Y tu mamá también*, de Alfonso Cuarón, y *Amores Perros*, de Alejandro González, ambos de México; *Nueve reinas* y *Manuelita*, de los argentinos Fabián Bielinsky y Manuel García Ferre, indistintamente, y *Lista de espera*, del cubano Juan Carlos Tabío. Pero ninguno de estos cinco largometrajes logró una acogida superior a los 800 mil espectadores.

.....

que estas cuatro películas no responden plano a plano, letra a letra, al canon dominante en Hollywood? De igual forma, cabe destacar que ninguno de estos veinte filmes —no sólo durante los últimos dos años, sino prácticamente desde que se consolidó la infraestructura mercantil en el séptimo arte—, ni siquiera por asomo, es resultado de una coproducción con las pequeñas industrias cinematográficas de los países subdesarrollados. ¿Por qué? Habría que responder con otra perogrullada: sin capital que aportar, sólo nos queda el paisaje. El paisaje y los estereotipos. Pero no cabe lamentarse: *No hay mal que por bien no venga*.

Ésta es la realidad económica y cultural que señorea en el cine, una realidad que se torna cada día más desequilibrada si atendemos a que lo que termina imponiéndose no es precisamente el arte, sino el efectismo despersonalizado y la producción en serie, igual que en los embutidos y en las maquiladoras de zapatos Nike. En su mayoría, estos filmes comercialmente

exitosos vienen precedidos de un resonante triunfo en los Estados Unidos, lo que resalta aún más si comparamos el Box Office de ese país con el de todo el mundo.

Entre los veinte largometrajes más taquilleros en uno y otro caso, tanto en 2001 como en 2002, únicamente cinco no coinciden, y ello se debe a diferencias en la programación, lo que, dicho sea de paso, quedará zanjado a partir del próximo año, cuando, en previsión del auge del copiado informal o la inevitable piratería, se generalice la modalidad del estreno global simultáneo, mediante las amplísimas redes al servicio de las superproducciones estadounidenses en las principales ciudades del planeta. Será, a no dudarlo, el paroxismo de la homogeneización, la ultratiranía del modelo de Hollywood.

En cuanto a la recepción europea del cine que se realiza en Latinoamérica —ya no durante un año, sino en el período que va de 1996 a 2002 (véase la imperiosa necesidad de modificar los indicadores comparativos)—, sólo *Estación*

*Central*, del brasileño Walter Salles, y *El hijo de la novia*, del argentino Juan José Campanella, lograron traspasar el umbral de 1,5 millones de espectadores; le siguen *Y tu mamá también*, de Alfonso Cuarón, y *Amores Perros*, de Alejandro González, ambos de México; *Nueve reinas* y *Manuelita*, de los argentinos Fabián Bielinsky y Manuel García Ferre, indistintamente, y *Lis-ta de espera*, del cubano Juan Carlos Tabío. Pero ninguno de estos cinco largometrajes logró una acogida superior a los 800 mil espectadores. Y sobrecogen casos como el de *La ciénaga*, de la joven realizadora argentina Lucrecia Martel, galardonada en festivales tan importantes como el de Berlín y el del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana, que sólo alcanzó, según la fuente citada, la ilustrativa cantidad de 93 mil 264 espectadores. Otro dato de interés tiene que ver con el hecho de que únicamente tres de estos veinte filmes son plenamente nacionales, es decir, que no fueron resultado de la coproducción, fórmula ésta que ha devenido la única viable para la supervivencia del cine regional, ante la terrible realidad que asola nuestras economías. Desde luego, en un contexto tan hostil y deteriorado desde el punto de vista social y financiero, cabe preguntarse acerca de las consecuencias que comporta realizar un cine de supervivencia, cuando lo que se necesita es un arte de resistencia. Este problema, que se agudizaría mucho más (si fuera posible) con el advenimiento del ALCA y su repertorio de desregulaciones, representa el mayor desafío a que se ha visto expuesto el cine latinoamericano en su historia, el de su propia existencia.

Una situación como la descrita, obliga a consideraciones de fondo. Sería bueno empezar preguntándonos: *¿En qué medida el cine latinoamericano de hoy* –Cultura audiovisual y otros (des)equilibrios en la era de Big Brother 6– *se atiene a los postulados esenciales del nuevo cine latinoamericano de siempre?* Pero no bastaría, habría que tensar el arco y seguir interrogán-

donos sobre todos los temas posibles, sin fatiga, sin temor a la duda y al error, entre otras cosas porque, ahora mismo, lo que más necesitamos en el cine y en nuestra cultura latinoamericana en general –toda cultura lo requiere–, es de un pensamiento crítico y de la crítica frontal a un tipo de pensamiento *light* que, aunque iconoclasta, resulta paralizante.

Para lograr esa revolución *de y en* la conciencia de nuestras realidades, resultará imprescindible abrir mayor espacio a los jóvenes, en quienes recae no sólo el peso de la tradición, sino el deber de la continuidad y la ruptura. De ellos también es y será, mejor si conscientemente, el santo y seña de nuestras identidades, la cartografía espiritual de una imagen que no puede ser la huella del consuelo ni la pragmática de un conductismo neoliberal omnipresente. Y de nada servirá en esta batalla la demagogia de los dioses cansados.

La globalización del capitalismo ha hecho estragos irreparables en el cine latinoamericano, y la entrada directa o indirecta de determinados intereses foráneos, en general mediante la fórmula de las coproducciones, no es inocente, sino parte del juego que prepara el terreno a mayores depredaciones. Por el camino de la complacencia y la asociación acrítica “con amigos tan poderosos”, pudiera llegarse a la absorción de nuestros recursos artísticos e intelectuales, sobre todo, por parte de las *majors* estadounidenses, quienes ya ensayan la compra de los derechos de nuestros filmes con el propósito de rehacerlos y devolvérselos con el rostro familiar de sus actores y escenarios perpetuos.

Hoy se sabe que las historias que sirvieron de base a *El hijo de la novia* y *Nueve reinas*, dos de los más célebres largometrajes argentinos de la última oleada, pertenecen por entero a Hollywood. Cuando tales arreglos eran sólo sospechas, Ricardo Darín, el protagonista de ambos filmes, denunció la pobreza ideo-estética de los grandes estudios y se manifestó aguda-



mente acerca de esta tendencia incuestionablemente discriminatoria: "...tienen de todo para hacer cuanto se les ocurra", afirmaba, "pero acabaron mordiendo la cola con la superproducción y los efectos especiales; se pasaron de rosca, se olvidaron de la historia. Han acabado siendo sus propias víctimas. Tienen todo el dinero, pero no saben de qué hablar. Deberían hablar de ellos mismos...". "Que quieran rodarla de nuevo (dijo, refiriéndose a *Nueve reinas*) es casi (...) un insulto, es como no confiar en (...) el resultado".<sup>5</sup> Este canibalismo sempiterno de Hollywood no sólo apunta a las películas terminadas y a las viejas historias, también pone sus dientes en los futuros guionistas. La Motion Pictures, equivalente a la Cosa Nostra en el ámbito del séptimo arte, promueve y organiza, no sin la abierta complicidad de algunas autoridades iberoamericanas del cine, talleres de proyectos en Miami, donde los mejores guiones son adquiridos a precio de ganga. Imaginemos las consecuencias para las cinematografías de Hispanoamérica, que ante estas circunstancias tendrán que renunciar, incluso, a las eventuales, polémicas y a todas luces imprescindibles coproducciones. Lo que propugnamos no es cerrar las puertas al diálogo productivo con Hollywood, sino hacer valer la riqueza y la dignidad de nuestra cultura y nuestro imaginario colectivo. Vivamos convencidos de que lo que a nosotros nos sobra es, precisamente, lo que a ellos les falta, y viceversa.

En general, para los genuinos realizadores cinematográficos de los países subdesarrollados —en desarrollo remite cada vez más a un eufemismo, a una pirueta lingüística—, la alternativa no puede ser imitar ni postrarse a los pies de Hollywood, sino encontrarse a sí mismos en la turbulencia de sus identidades y

en la apropiación crítica de los nuevos soportes y lenguajes estéticos, a riesgo, incluso, de morir en el intento o de las consabidas contracciones curriculares. Sin voluntad política, tampoco habrá continuidad.

Cultura audiovisual y otros (des)equilibrios en la era de Big Brother 7 del cine nacional en nuestra América. Apostemos por las nuevas tecnologías, ciertamente más viables y "democráticas", pero es imprescindible que tengamos con qué y sepamos cómo utilizarlas. Los gobiernos no pueden continuar al margen del incierto destino de la mayoría de las cinematografías nacionales latinoamericanas. Si hoy es tarde, mañana lo será demasiado.

Hay que encausar la rebeldía con más inteligencia que entusiasmo o, como ha señalado Noam Chomsky: "Hay que dotar de conceptos a la ira".<sup>6</sup> El desequilibrio que provoca en la cultura la globalización del capitalismo es francamente aniquilador para las identidades nacionales y el desarrollo de la capacidad crítica de los pueblos; de ahí la reacción que provoca no sólo en la intelectualidad más avanzada, sino a escala social.

Paradójicamente, la resistencia crece, y en ella radica la esperanza de una definitiva redención. En el cine, esa respuesta se advierte en la multiplicación de las alternativas y en una gradual reestructuración de su vanguardia artística. Por lo mismo, no es casual que en los Estados Unidos se manifieste uno de los principales movimientos de cine independiente con que contamos en la actualidad, y no me refiero a los cuatro o cinco *snoobs* que pasan por tales y que tanto convienen a la imagen que alimenta el sistema, sino a las decenas de nuevos realizadores del audiovisual que pueden localizarse a través de la Red o en circuitos

<sup>5</sup> *El País Semanal*, España, 22-12-2002, pág. 18

<sup>6</sup> Suplemento *Masiosare*, en *La Jornada*, México, 14-7-2002, versión online.

Se calcula que en el ciberespacio existen más de 8 mil millones de páginas Web (algunas fuentes hablan de 13 mil millones), por lo que no es difícil comprender que una acción aislada, sin vínculos ni interacción, es la más cruda metáfora de la soledad. Para lograr trascender, llegar, rescatar o formar un público avesado y avisado, hay que saber utilizar las brechas y oportunidades que aún permite la globalización totalitaria.

periféricos de distribución y exhibición. (Las pequeñas muestras que se organizan en diversos países, constituyen, por lo general, su mayor punto de encuentro).

Otro tanto sucede en nuestra América, donde el Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana siempre les ha concedido espacio, y en Asia, África y lo mejor de Europa. Hoy, con la accesibilidad que propician los soportes digitales, es virtual y objetivamente posible, producir y editar una obra audiovisual con medios propios y luego difundirla a través de Internet. Pero éste no sería el problema, la misión verdadera estriba en la urgente necesidad de estructurar redes capaces de garantizar su circulación.

A propósito, entre otras experiencias más o menos divulgadas, son de destacar los presupuestos que animan al recién celebrado Festival Internacional del Cine Pobre de Gibara, convocado desde esa pequeña ciudad cubana, el cual sustenta su actividad en la premisa del pensamiento en red y aspira a convertirse, según sus organizadores, en “el Porto Alegre del audiovisual alternativo”. De enlazarse, estos eventos podrían constituir una respuesta importante para modificar el panorama actual de la circulación audiovisual a escala de masas. Por lo pronto, a partir de su primera edición, Cine

Pobre hallará continuidad en otros dos países, además de Cuba.

Se calcula que en el ciberespacio existen más de 8 mil millones de páginas Web (algunas fuentes hablan de 13 mil millones), por lo que no es difícil comprender que una acción aislada, sin vínculos ni interacción, es la más cruda metáfora de la soledad. Para lograr trascender, llegar, rescatar o formar un público avesado y avisado, hay que saber utilizar las brechas y oportunidades que aún permite la globalización totalitaria.

Parafraseando a un célebre mambí cubano, se trata de usar las armas que podamos arrebatarse al enemigo, que no es la tecnología en sí misma, sino los sistemas hegemónicos. El estudio de la manera como surgió y se expandió Indymedia —concebida en el singular contexto de Seattle—, debería constituir un buen punto de referencia para los esfuerzos que se realizan en esta dirección. Lo mejor que tienen las redes es que las construyen los tejedores. Habría que enlazar, entonces, todos los sitios y dominios alternativos, hasta lograr que se conviertan en la voz plural de nuestro canto, en la ciber-guerrilla más poderosa de este mundo.

Desde el ángulo de los que luchan por la igualdad y la justicia, lo digital no es un mero soporte, sino, teóricamente, el escenario ideal

para manifestar un tipo de pensamiento social basado en la solidaridad y el diálogo. Otra cosa sería cómo se comporta en la realidad ese ideal de participación y pertenencia, y hasta qué punto el dominio de las transnacionales impide su materialización. Por eso, es menester interactuar, vincularse, compartir experiencias y conocimientos. Nada más ajeno al espíritu de las redes –Cultura audiovisual y otros (des)equilibrios en la era de Big Brother 8– alternativas de resistencia que la conducta de los ermitaños y la subestimación del Otro; esas poses, tan inútiles como frecuentes, de brujo de la tribu, de sabelotodo que, a fin de cuentas, no sabe nada. De hecho, nadie, ni viviendo mil vidas, estaría nunca en capacidad de agotar Internet con su existencia.

La Habana, enero-junio de 2003. 